

LA SAGA DE KERMANSHAH

TRESHKIA EN AGUNATESH

En el principio de los tiempos, ella, Treshkia, y él, Agunatesh, vivieron y sufrieron la gran caída. El gran diluvio sufrieron ellos. Las lluvias arruinaron sus tierras y las de todos en la aldea. Las aguas se estancaron. Las confianzas se esfumaron. Cuando las aguas comenzaron a crecer, Agunatesh, padre y esposo, colosal en su brío, decidió escapar. Treshkia, su mujer, le dijo a él que estaba loco, poseído por los dioses del mal. No podían caminar cuando todo estaba anegado. Sus hijos, los niños, no podrían caminar en el anegado. Imposible. No podían escapar. Los dioses escucharon la sabiduría de Agunatesh. Los dioses escucharon la dilatación de entendimiento de Treshkia.

Esa noche Ulkumor, uno de los reverenciados dioses que lo veía todo, dios de la justicia e interventor de los hombres, se le apareció a ella, a Treshkia en sus sueños. Ulkumor le dijo a ella, a Treshkia, que todos morirían. El diluvio haría mar sus tierras. Escucha a Agunatesh. Solo él puede alterar destinos. Obedece a Agunatesh. Desiste bienes y busca vida. Tu vida debes salvar.

Al alba, Agunatesh insistió a ella, a su mujer, Treshkia. Escalemos montes, díjole a su mujer, podemos escalar, el brioso Agunatesh dijo. A tierras altas debemos ir. Todos perecerían si no partían a tierras altas. Sus palabras se repitieron en su casucha. Su sabiduría se repitió con virilidad y fuerza. Treshkia besó los pies de Agunatesh. Así se haría. Así que Agunatesh y Treshkia empacaron la poca comida que tenían y salieron con destino a las montañas con sus cuatro hijos. Deja oro, deja piedras preciosas, Agunatesh instruyó. No nos servirán a donde vamos. Es deber de vida. Treshkia lloró llanto de mujer y obedeció a Ulkumor, el dios, y a Agunatesh, su esposo.

Agunatesh y Treshkia emprendieron ardua jornada con sus cuatro hijos. Hijos de ellos, de Treshkia y Agunatesh. Las jornadas fueron arduas. Caminaron por lodazales y cruzaron ríos que antes no existían. Ríos de agua sobre agua. Continuaron sin descanso por las noches. Caminaron día y noche. Arduas fueron las jornadas. Agunatesh un toro, cargando un hijo, luego el otro, luego dos, con brío y fuerza de varón. Treshkia con el pesar rasgando su pecho. El ruido de las aguas era ensordecedor.

Al tercer día, Agunatesh y Treshkia se dieron cuenta de que su hijo menor había desaparecido. Agunatesh regresó por donde habían venido, pero después de caminar media jornada no lo encontró. Perdido para siempre en las aguas, él, el hijo menor fue no más.

Al sexto día, la segunda hija fue engullida por un lodazal. Por más esfuerzos que Agunatesh, Treshkia y su primogénito hicieron, no pudieron sacarla. Treshkia maldijo a Agunatesh, la vida que perseguimos se nos va con nuestros hijos. Poco a poco la niña fue sumergiéndose en las arenas pastosas hasta que su coronilla se perdió en la cafesura del lodo. Treshkia maldijo su sueño. Treshkia se metió en el lodo. Seguiría a su hija. La guiaría a ella, a su hija, por el camino de los muertos. Agunatesh se lo impidió, a ella. Jaló a Treshkia con gran fuerza. Él, Agunatesh, un toro, sacó a Treshkia del mar espeso que la jalaba a las aguas de la muerte.

Partir debemos, Agunatesh dijo. La poca luz se asusta y se va cuando empiezan las tinieblas, él, Agunatesh dijo. Las aguas del cielo se asustarán más con las aguas de la tierra. Agunatesh dijo que encontrarían vida en las montañas abruptas. Agunatesh y Treshkia continuaron su marcha cuesta arriba, bajo la lluvia, con Primogénito y Tercigenia, los dos hijos que les quedaban. Primogénito y Tercigenia levantaron lamentos, bajaron cabeza y juraron lealtad a su padre, a Agunatesh.

La comida que llevaban se emponzoñó al ascender las colinas infranqueables rumbo a la montaña mayor. Primogénito y Tercigenia voltearon. Agunatesh y Treshkia también voltearon. Abajo en las simas y abajo en los valles todo era mar. Los cielos gemían por la tierra tragada por las aguas.

Agunatesh temió que perecerían todos de hambre. Los dioses nos han abandonado, dijo Agunatesh a Treshkia. Embarren de miel sus vientres, Agunatesh mandó, mas no se sacien. Treshkia sucumbía. Agunatesh apartó la muerte de sus ojos y mostró la cima de la montaña. Mira, dijo él a ella, a Treshkia. Ve, mujer. Llegamos mañana a la cima de la montaña más alta, la más escabrosa. Allí encontraremos refugio, en las cuevas.

Al día siguiente llegaron a la cima de la montaña como él, Agunatesh, había prometido. Primogénito encontró una cueva. Agunatesh sintió orgullo por él, por Primogénito, hijo de Agunatesh.

Entraron a la cueva en donde pudieron secar sus carnes por primera vez en su larga jornada. Atiende a tus hijos, Treshkia, Agunatesh el cazador ordenó y salió a la intemperie sin descanso. El hacha a su costado.

Agunatesh atravesó bosques hechos pantanos salvajes. A pesar de que Agunatesh cazó aves y roedores pequeños que calmaron su hambre, la hija mayor, Tercigenia enfermó con temblorinas y calenturas. Tercigenia murió en un día. Agunatesh y Treshkia estaban desconsolados. La

enterraron a ella, a Tercigenia, en el fango más bajo de la cima. Se uniría a sus hermanos en las aguas de la muerte. Agunatesh lloró con Treshkia el éxodo de Tercigenia.

Los días oscuros sin sol se oscurecían más en las noches sin luna. Agunatesh contó siete veces siete días dos veces. Al final de ese día, Agunatesh habló. Oye, dijo Agunatesh a ella, a Treshkia. El ruido de la lluvia amengua. Veo el alza del sol. Agunatesh tenía la sabiduría de las montañas. Dotado él de entendimiento. Las lluvias terminaron. El sol salió. Aún con sol y sin lluvia la tristeza de Agunatesh y Treshkia era inconsolable. La tierra inconquistada estaba bañada en las lágrimas del cielo.

Establecieron morada en las montañas. Su hijo Primogénito creció de canícula a canícula, se hirsutó de cara y sus músculos embarnecieron. Agunatesh y Treshkia no lo veían crecer. Su desconsuelo fue largo y cegó sus vistas. Comieron gracias a Primogénito que trampeaba y cazaba. Primogénito cazador, hijo de Agunatesh cazador. El gran mar comenzaba a retraerse de las montañas. Pasaron soles y lunas hasta que las tierras se secaron, arriba primero, después abajo. Varios estíos después vieron que criaturas silvestres regresaban a tierras bajas. Mas no bestias. Agunatesh y Treshkia decidieron que era seguro regresar a su aldea. Primogénito bajó cabeza. Juró lealtad a ellos, a sus padres.

Treshkia y Agunatesh emprendieron su jornada de retorno con Primogénito, joven fuerte formado a la imagen de Agunatesh. El joven cazaba fauna pequeña tan bien como su padre, Agunatesh. Un día, antes de llegar a los valles, persiguiendo una presa, Primogénito cayó por un barranco. Se rompió varios huesos y no había un pedazo de su piel sin magullar y sin sangrar. A pesar de los cuidados y la magia curandera de Treshkia, el joven Primogénito, su hijo, murió. No había hierbas curativas para placar la pudrición de su piel. Agunatesh y Treshkia no podían creer su suerte. Sus lágrimas acompañaron a Primogénito por las aguas de la muerte.

Agunatesh y Treshkia continuaron su travesía solos. Ellos solos. Viaje lento y silencioso.

Al llegar a su aldea, no encontraron a nadie. Todo había desaparecido. No había aldea. No había aldeanos. Viajaron a otras aldeas ellos, Agunatesh y Treshkia. Su camino fue su morada. No había nadie. La naturaleza retomó aldeas. Agunatesh habló. Irían a Ukubazar. Treshkia dijo no. No más viajes. Agunatesh re habló. Treshkia obedeció. Viajaron cuarenta y cuatro jornadas a la gran ciudad de Ukubazar. La ciudad no era. De la ciudad de grandes mercaderías no quedaba más que unas paredes solitarias. De tantos pobladores no quedaba nadie. Agunatesh y Treshkia estaban solos en el mundo. Treshkia dijo a él, a Agunatesh, que había que encontrar bestias para comer y campos fértiles que sembrar. Tenían que recomenzar, decretó ella, Treshkia. Agunatesh oyó sabiduría en sus palabras. Secaron sus lágrimas ellos, Agunatesh y Treshkia, y salieron ayuntados en busca de buenas tierras, él delante y ella en pos de él. Ambos en pos de tierras no aguadas por sal en donde asentarse. Reemprendieron jornada hasta encontrar una colina sin fango malo. Tierra buena. Mas no encontraron bestias.

Agunatesh y Treshkia fundaron su propia aldea de dos, de ellos dos en un campo. Tierra buena. Sobrevivieron. Agunatesh cazó pocos animales. Pocos animales veía. Cazó animales pequeños, sobretodo aves. Treshkia colectó frutos bajos. Agunatesh colectó frutos de árboles altos. Trampearon roedores. Agunatesh y Treshkia construyeron una casucha para siempre.

Estíos tras estíos, Agunatesh adaptó cereales silvestres y plantaron sus propios cultivos en terrazas que moldearon debajo de su casucha, construida para siempre.

Mucho después de la gran caída, Agunatesh ya no cazaba. No había qué cazar. Agunatesh trampeaba fauna chica, muy poca fauna. Sus cultivos los alimentaban. Agunatesh y Treshkia recordaron a sus hijos, a los cuatro, y a sus amigos, los aldeanos. Agunatesh y Treshkia se notaron canas en sus cabellos. Sus pieles comenzaban a arrugarse. Solos, sin hijos, morirían. Agunatesh y Treshkia, los últimos humanos en el mundo.

Ulkumor, uno de los reverenciados dioses que lo veía todo, dios de la justicia e intercesor de los hombres, se apareció a Treshkia una noche en un sueño. Ulkumor insistió que si no tenían hijos, con ellos, con Treshkia y Agunatesh, se terminaría la humanidad. Acabaría la humanidad con días contados. Treshkia le confesó al gran dios que la chispa de amor entre ella y Agunatesh se había ido con la muerte de su último hijo, el primer hijo, Primogénito. Treshkia le dijo a él, a Ulkumor, que Agunatesh no la había tomado desde el gran diluvio y descendido de la montaña. Ulkumor le dijo a ella, a Treshkia, que los dioses en sus consejos preocupaban por la última pareja, Agunatesh y Treshkia, y por sus hijos los hombres. Treshkia le dijo que podía él, Ulkumor, yacer con ella; que podrían crear una raza de semidioses para rellenar el mundo. Ulkumor le respondió que los dioses sólo podían mezclarse con los hombres en mitos de tribus inferiores. Ulkumor le dijo a Treshkia que ella debía renacerle el vigor a Agunatesh. Que de ella sola dependía el destino de los hombres. Treshkia respondió que no era posible. Que su desnuda madurez ya no vigoreaba a Agunatesh. Ulkumor rugió. Su voz un trueno. La mente de Agunatesh es una flecha retroversiva, dijo él. Tu mente es curva, la piedra de una honda. Utiliza tu piedra. Agunatesh y Treshkia son y es, la primera pareja, dijo el dios. Treshkia se postró y le besó los pies. Ulkumor insistió que ella debía preñarse a toda costa, ya que no tenían mucho tiempo. Levántale los ojos hacia a ti. Haz que te mire, haz que te yazga, haz que te llene. Al decir esto, Ulkumor creó tiempo para ellos y partió.

La mañana siguiente Treshkia se sintió moza de nuevo. Su piel desarrugó. Cuando Agunatesh despertó, Treshkia vio que sus canas, las de Agunatesh, habían tornado negras y sus músculos eran de joven, como su hijo mayor, Primogénito, cuando lo perdieron.

Treshkia se quitó prendas y descinó sus pechos. Yace conmigo, lléname con tu semilla, dijo Treshkia a él, a Agunatesh. Aun así, Agunatesh no se deleitó con los nuevos pechos desceñidos

de Treshkia. Agunatesh salió a sus cultivos, al campo. Agunatesh no yació con Treshkia y no la llenó.

Al cabo de nueve lunas, Ulkumor retornó. No oyó criatura. Ulkumor contempló el vientre enjuto de Treshkia y supo que no había criatura en ella. Ulkumor la recriminó a ella, a Treshkia. A ella reprimió. Le dijo a ella, a Treshkia, que les había dado tiempo y que era su deber. Aun así no lo había hecho. Había fallado ella, Treshkia, en su labor de vigorear a Agunatesh. Deber de vida, le dijo. Treshkia respondió a Ulkumor que el tiempo no había hecho nada para Agunatesh en el lecho. Su vigor desapareció con el diluvio. La gran caída le cayó el vigor. Ni acicalándose piel y prenda Treshkia prendía a Agunatesh. Ella dijo a Ulkumor que había tratado como moza y como meretriz, pero Agunatesh estaba saciado de sus encantos para siempre, desde que habían descendido de la montaña, cosechas atrás. Ulkumor se enfadó y se marchó, advirtiéndole una vez más a Treshkia su misión. Sé doncella o sé ramera, dijo él a ella al partir, y trae a Agunatesh sobre ti. O perece. Perezcan ambos, concluyó. Ulkumor dejó bestias que daban carne y daban leche. Era su labor, deber de vida. Carne y leche de dioses.

Ulkumor, que todo lo sabe, regresó con Treshkia pronto un día. Retornó un día y ya no en sus sueños. Reaparecióse él, Ulkumor, a ella, Treshkia, durante los siguientes siete días y seis noches, pidiéndole razón. En cada aparición le repitió a Treshkia que él, su dios, les había regalado el tiempo para que Agunatesh yaciera sobre ella. Úngelo con óleos, exúltale el corazón, hazlo hervir con el deseo de tus carnes, Ulkumor comandó a Treshkia. Haz que oiga oír tu nombre en las colinas. Apresura su presura.

Treshkia así lo hizo. Trató que él, Agunatesh, se asiera de ella. Se puso vestimentas que no vestían y Treshkia fracasó. Estaba desconsolada. Había perdido todo, su aldea, sus hijos, sus amigos, el mundo. También había perdido el deseo de Agunatesh. Ahora pensó que perdería a Agunatesh y su propia vida. Treshkia desconsoló por traicionar a Ulkumor y a los dioses.

La séptima noche, cuando el séptimo día moría, regresó Ulkumor. Ulkumor regresó al atardecer. Estaba lleno de sabiduría, con el corazón iluminado. Treshkia le dio razón de Agunatesh. Treshkia lloró. Agunatesh no yació en ella. A Treshkia no llenó.

Ulkumor llenó de enojo. El señor de los hombres le dijo a ella, a Treshkia, que decidió castigar a Agunatesh por alterar los destinos. Ahora sería él quien tuviera que encender el corazón de Treshkia. Ahora él recibiría el ardor de ella como él y pariría a los hijos como ella. Con esto, Ulkumor desapareció.

De pronto, Treshkia vio todo más alto. Treshkia sintió más fuerzas en sus brazos. Treshkia salió de su casucha construida para siempre y corrió en busca de Agunatesh. Treshkia vio una figura que subía cuando las tinieblas consumían el ocaso. Al acercarse, Treshkia no vio a Agunatesh sino se vio a ella misma, a Treshkia, caminando hacia ella. Sus facciones no eran

extrañas porque era ella misma. Tú no eres extraño, le dijo ella a él, a Agunatesh, que era Treshkia. Antes bien tú eres yo y yo soy tú. Agunatesh asentó, mas no comprendió a ella, a él, a Treshkia. Agunatesh bufó sin palabras con la voz de Treshkia. Agunatesh era Treshkia y Treshkia era Agunatesh. Te revelaré lo oculto, dijo Treshkia en Agunatesh a Agunatesh en Treshkia. El secreto de los dioses te diré, para que no hostiles.

Esa noche, Agunatesh sollozó por los ojos de Treshkia. Treshkia en Agunatesh no quería oír sollozos y desechó el vestido de Treshkia que vestía a Agunatesh en Treshkia. Agunatesh en Treshkia se avergonzó sin reparo, pero se escabulló al lecho. Treshkia en Agunatesh reptó hasta Agunatesh en Treshkia y yació sobre Agunatesh en Treshkia. Agunatesh en Treshkia remilgó al principio y gimió después, con el cuerpo rígido y las piernas inmóviles. Treshkia en Agunatesh hinchó los dentro de Agunatesh en Treshkia. Agunatesh en Treshkia se colmó de placer con el amor de Treshkia en Agunatesh en él, en ella. Treshkia en Agunatesh saturó las entrañas de Agunatesh en Treshkia y depositó su semilla en Agunatesh en Treshkia.

A partir de esa noche los pantanales dejaron de ser. A partir de esa noche tanto Treshkia en Agunatesh como Agunatesh en Treshkia yacieron el uno sobre el otro. Sus corazones se encendieron en ellos, en ambos. Los pantanales dejaron de ser.

Treshkia en Agunatesh satisfizo a Agunatesh en Treshkia con ardores y embestidas de caballo. Agunatesh en Treshkia maullaba primero y aullaba después, de gata a loba en celo. Volvió la luz a sus juventudes. Treshkia en Agunatesh adquirió gusto en el poder de penetración y de llenado. Agunatesh en Treshkia ansiaba el llenado. Los pantanales dejaron de ser. Agunatesh en Treshkia era obedecido por Treshkia en Agunatesh. Treshkia en Agunatesh, semental de los hombres. La negrura dejó de ser.

Desde los aposentos del cielo, Ulkumor tendió su brazo a los dioses sentados, mostrando su sapiencia en ellos, mostrando a Treshkia en Agunatesh y a Agunatesh en Treshkia. Treshkia en Agunatesh anticipaba en sus jornadas meter su amor en Agunatesh en Treshkia. Treshkia en Agunatesh anticipaba y sentía orgullo en llenarla a ella, a Agunatesh en Treshkia, su moza y ramera. Treshkia en Agunatesh añoraba a diario poseer a Agunatesh en Treshkia, sentir sus melindres de placer y oír sus gemidos de placer. Agunatesh en Treshkia anticipaba sorpresa, pero también fantaseaba lo que hacían otras mujeres con su tiempo en otros tiempos, en cómo sería ser otra. Los dioses sonrieron. Los hombres serían.

Agunatesh en Treshkia parió quince hijos, dio a luz a quince hijos con bravura hembral. No riñó, ni exhibió queja, ni montó cólera él, ella, Agunatesh en Treshkia. Antes lo contrario, a Treshkia en Agunatesh, Agunatesh en Treshkia vertió salves por mantener la dignidad de su cuerpo en el campo y con las bestias de los dioses.

Treshkia en Agunatesh proveyó con bravura varonera a Agunatesh en Treshkia y a su descendencia. Descendencia de ellos, de Treshkia en Agunatesh y Agunatesh en Treshkia, de ambos, que recorrería praderas y dominaría montañas.

Treshkia en Agunatesh, padre de los hombres, contempló los pasares del tiempo y vertió bendiciones sobre su descendencia. Treshkia en Agunatesh y Agunatesh en Treshkia repoblaron el mundo y disfrutaron sus ardores hasta el fin de sus tiempos.

Atestiguados eran Treshkia en Agunatesh y Agunatesh en Treshkia por los beneplácitos Ulkumor y el resto de los dioses, sentados en sus aposentos celestiales. Muchos estíos después Treshkia en Agunatesh y Agunatesh en Treshkia ascendieron a ellos, a los dioses. Fueron con ellos. Como divinidades, Treshkia en Agunatesh y Agunatesh en Treshkia veían desde los cielos a los hombres, viendo los bosques que ocultaban los valles, viendo en su descendencia a las Treshkias con mentes de flechas retroversivas de Agunateshes y los Agunateshes con mentes piedras hondinadas de Treshkias. Ellos ambos, Treshkia y Agunatesh en ambos, los primeros dioses humanos venerados por la gente, por Treshkias y por Agunateshes.